La voz fría

JJ Serrano

LA VOZ FRÍA



JJ Serrano

Avant
editorial

Primera edición, enero de 2026
©JJ Serrano, 2026
Una obra basada en el guion literario La Voz Fría, escrito por Juan José Serrano y Ana M. Vargas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-81-4
THEMA: FKM - FHX
DEPOSITO LEGAL: M-3903-2026

AGRADECIMIENTOS

A Dios, mi Padre universal, extiendo mi gratitud más profunda. Me has dotado diariamente de amor, fuerza, valentía y locura para seguir adelante en este viaje terrenal. Eres el núcleo de mi existencia y la esencia que perfila cada aspecto de mi vida.

A mis tres amores infinitos: mi madre, mi mujer y mi hija. Sois el sentido completo de mi vida y mi sonrisa en cada amanecer. Todo lo que soy, todo lo que siento, os lo debo a vosotras tres. Os amaré mientras exista luz en el universo.

A ti, Sara, mi vida. Ojalá todo el mundo tenga el corazón y la valentía que tú tienes. Tu mirada honrada y limpia vive en mí como ejemplo. Eres mi ángel secreto.

A ti papá, cuyo arte y espiritualidad siguen resonando en el corazón de unos pocos privilegiados. Te llevo conmigo, no solo en tus expresiones artísticas, sino en cada acto de amor y creación que regalaste en vida.

A mis hermanas, luchadoras incansables por el amor a la familia. Estar a vuestro lado, en este camino, ha marcado profundamente mi ser, ya que dentro de mí crece cada latido de vosotras.

A ti, mi patrón. En tus manos dejaría el navegar de mi velero y en tu corazón dejaría resonar mi música.

A mis amadas sobrinas y sobrinos, maestros de la bondad y el cariño, nos habéis enseñado a amar de verdad. Vuestra llegada ha hecho de nuestras vidas un lugar más bonito y completo.

A mis cuñados, gracias por todo el bien que habéis hecho dentro de la familia. Mis hermanas se tienen que sentir afortunadas porque no podrían haber conocido mejores personas, maridos y padres que vosotros.

A mis amigos de la infancia. Mil batallas hemos curtido juntos y juntos hemos escrito nuestra historia. Siempre me he sentido arropado y protegido por vosotros. Sois los guardianes de mi alma.

A ti, Patri, mi médico del alma. Gracias por ayudarme a atravesar tempestades y a conocer mis fantasmas. Sin ti, este viaje habría sido mucho más difícil.

A mi profesora y compañera Amparo Vázquez, faro y refugio en este agitado mar que es la literatura. Tu sabiduría y conocimiento han sido el cincel con el que he tallado el relato que hoy, con humilde orgullo, presento al mundo. En cada página escrita, en cada párrafo tejido, resuena tu enseñanza y aportación. Mil gracias.

A mi estimada Ana María Vargas, compañera y amiga. Juntos hemos creado un tapiz de narrativas y emociones fundiendo nuestras visiones en el guion que adapta esta novela. Gracias por ser una gran parte en este viaje creativo que lleva indiscutiblemente nuestro sello compartido.

A ti, David, amigo. Por ayudarme a encontrar el título perfecto para una novela perfecta.

A ti Eustaquio, mi hermano. Eres todo corazón y todo música.

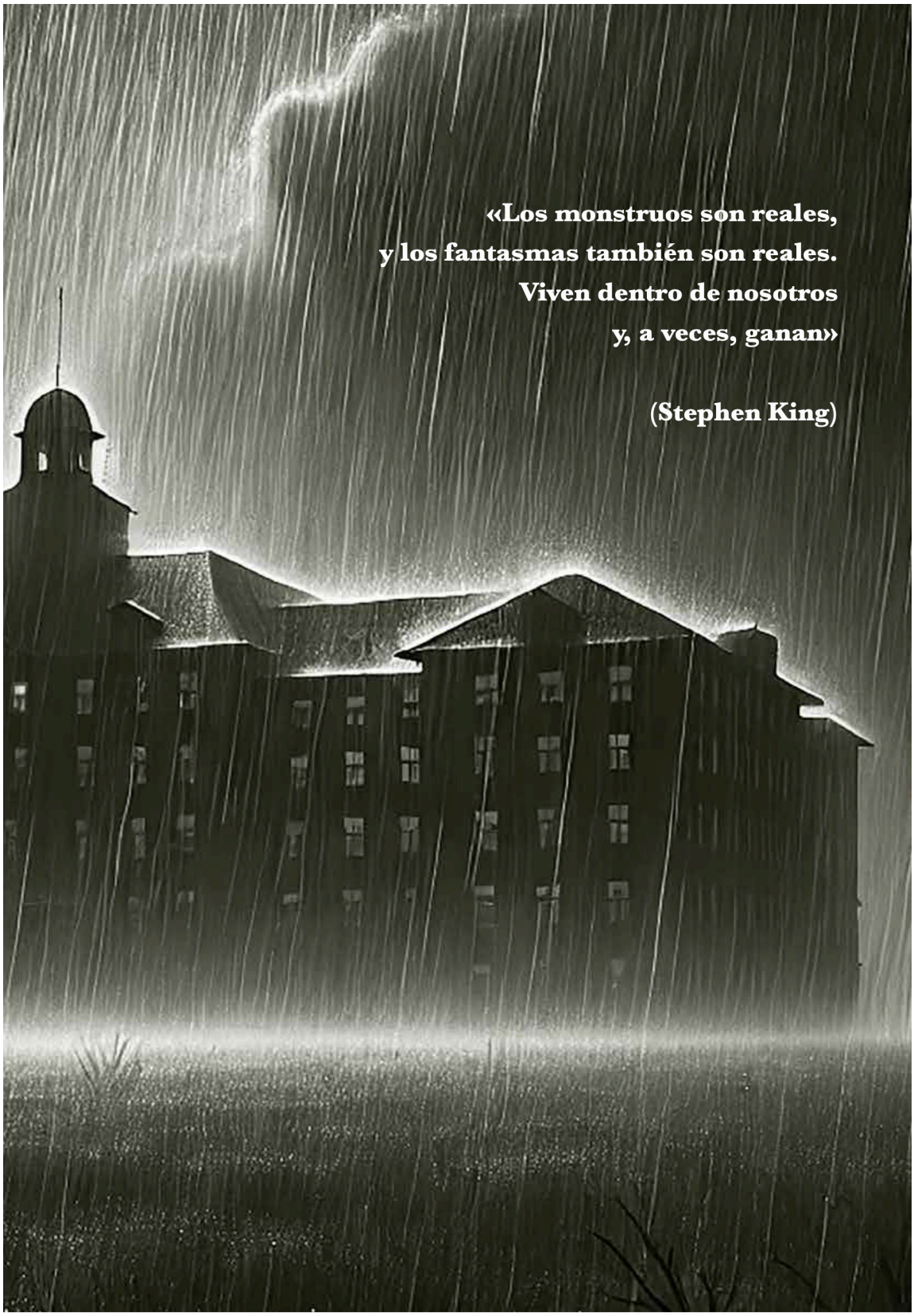
«Los monstruos son reales,

y los fantasmas también son reales.

Viven dentro de nosotros y, a veces, ganan»

Stephen King




«Los monstruos son reales,
y los fantasmas también son reales.
Viven dentro de nosotros
y, a veces, ganan»
(Stephen King)

CAPÍTULO 1

INVIERNO DE 1988
PSIQUIATRICO SAN RAFAEL – MEDIANOCHE.

Con el tictac de un viejo reloj, se entretejían las horas en la lúgubre habitación del psiquiátrico donde Ana se encontraba internada. Un relámpago arrojó una luz sobre el crucifijo que parecía custodiar el dormitorio desde una agrietada pared.

Sentada ante una mesa desgastada y sin levantar la vista del papel, la delgada mujer rayaba signos ininteligibles de manera compulsiva. Sus ojos estaban en trance, clavados en un infinito. «Por qué no me creen, maldita sea, quise ayudarla, pero no pude, extendí la mano para alcanzarla, pero no pude, no me podía mover, no podía, quise salvarla y no pude».

Detuvo el frenético movimiento de su mano. Ana apretó el carboncillo, su único cómplice en esa solitaria vigilia. Se giró y llevó su mirada hacia el rincón más oscuro de la habitación donde sabía que algo la acechaba. Negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza intentando bloquear la oscuridad que amenazaba con

invadir su mente. El tic tac del reloj comenzó a resonar con intensidad.

En el ambiente opresivo, los muebles metálicos parecían aguardar pacientemente, testigos silenciosos del tormento de aquella figura delgada y desgreñada, vestida con la simpleza de un camisón de hospital.

Fuera, la noche envolvía el jardín del Psiquiátrico San Rafael. El viento azotaba la fachada blanquecina y antigua filtrándose entre los árboles que parecían cobrar vida.

Todas las luces estaban apagadas excepto la de una ventana tenuemente iluminada.

La luz, débil y cálida, provenía de una lámpara del escritorio del despacho de un psiquiatra. Este examinaba minuciosamente el expediente de la enferma. La foto adjunta de Ana mostraba su mirada ausente.

-Datos del paciente:

-Ana Ruiz Morgado, 38 años.
-Ingreso: martes 23/01/88.

-Diagnóstico:

-Shock postraumático severo.
-Alucinaciones. visuales y auditivas.
-La paciente asegura ver a su hija fallecida.

El psiquiatra pasó la hoja y continuó leyendo con suma atención.

-Informe pericial:
-Posible parricidio.
-Padres e hija mueren en un incendio provocado.
-Investigación en curso.
-La Guardia Civil sospecha de la paciente como responsable.

El tictac del reloj mordía el silencio con mayor intensidad. El segundero parecía no poder soportar la carga del tiempo y se paró.

En su habitación, Ana salió del trance y miró sobresaltada hacia el reloj. Las agujas no se movían. Su pulso se aceleró y apartó la vista hacia la mesa. Observó algo que no estaba antes: una foto apareció de la nada. Ana la cogió con cuidado y se la acercó. La imagen era en blanco y negro y en ella se veían dos chicas de unos quince años, cogidas de la mano y vestidas con ropa antigua. Detrás de las adolescentes se apreciaba la imponente fachada de un viejo caserón. Ana le dio la vuelta a la foto y vio escrito, cuidadosamente y con la tinta ya desgastada «Amalia y Lola, 1949». Su mirada cobró un atisbo de vida al recordar las palabras de su madre: «Si algún día yo falto, quiero que vayas a ver a tu tía Amalia». Pero… ¿Cómo había llegado esa foto hasta ahí?

Tenía que escapar, lo vio claro, tenía que llegar a ese caserón, estaba segura de que su hija se la había puesto ahí para guiarla y para recordarle las palabras de su madre. La foto, el caserón, el mensaje del reloj parado, todo encajaba. Era el único lugar donde podría estar a salvo.

Ana bajó la mirada hacia la lámina sobre la que había estado trazando líneas inconexas. Entre el caos de garabatos emergió un siniestro mensaje que parecía haberse formado solo: MALA. La joven quedó absorta en la horrible palabra que había surgido entre rayones caóticos.

El sonido súbito y perturbador de un chasquido de hueso llamó su atención. Un escalofrío recorrió su espina dorsal mientras llevaba su mirada hacia la fuente de ese crujido macabro en la sombría esquina de la habitación. Sus ojos se abrieron con intensidad y a su mente acudieron *flashes* de imágenes terribles: el incendio en su casa y el grito desgarrador de una niña. Su pupila parecía estallar mientras se reflejaba en ella aquella cadavérica imagen. Estaba en medio de un pasillo, de pie, con un leño ardiendo en la mano y su abrigo envuelto en llamas. A pesar de que el fuego consumía su ser, la pequeña mantenía una mirada desafiante, inquebrantable, que perforaba el alma con un frío terrorífico. Era como si el fuego y la niña fueran uno mismo, un ente ardiente que desafiaba la realidad de Ana con su mera existencia.



CAPÍTULO 2

CASA DERRUIDA – AL AMANECER

Ana abrió los ojos con un sobresalto. El suelo de piedra sobre el que estaba tumbada le había entumecido los huesos a pesar de estar envuelta, casi en su totalidad, en un largo abrigo verde oscuro. Hacía mucho frío y se sentía desorientada. Se incorporó hasta quedar sentada y miró a su alrededor. Algunos rayos de luz se filtraban por las brechas de las paredes derruidas, decoradas con grafitis y cicatrices de antiguas hogueras. Por primera vez fue el silencio lo que escuchó, acompañado por el suave canto de un pájaro lejano. No recordaba cómo había logrado escapar del hospital, pero ya no volvería nunca más a la falta de privacidad, al trato distante de las cuidadoras, a las pastillas obligatorias ni a los médicos que nunca la escuchaban ni creían.

Levantó el mentón y respiró aquel aire frío y limpio de un amanecer libre. El hambre mordía su estómago, pero al revisar su mochila, sólo encontró un par

de caramelos de menta, recuerdo amargo de su reclusión en el hospital.

El ruido del motor de un coche llamó su atención. Ana se levantó y se acercó con cautela a una de las paredes de aquella vieja casa. Observó a través de una de las grietas cómo un 4x4 de la Guardia Civil se detenía a lo lejos. Dos agentes descendieron y escrutaron el campo con prismáticos. La niebla les jugaba en contra. Ana se separó y pegó su espalda a la pared para no ser vista. No podían detenerla, no ahora. Agarró su mochila y escapó por un hueco que había en la parte trasera.

La joven caminó a prisa, envuelta entre los arbustos que le ofrecían un manto de invisibilidad. Se situaba paralela a la carretera para no perder el rumbo, pero dentro de los matorrales para evitar ser descubierta. El sonido de aquel motor volvió a sonar tras ella. Ana se escondió rápidamente observando cómo el vehículo de la Guardia Civil pasaba por su lado para perderse de nuevo en la densa niebla.

Los ojos de ella quedaron fijos en la nada, pensativos. Se ajustó el abrigo para intentar sentir algo más de calor. Algo que abrazara su soledad y tristeza. ¿Cómo había llegado a esta circunstancia? Había un silencio, entre apacible e inquietante, roto de vez en cuando por el aguileo de alguna perdiz que avisaba a sus congéneres de la presencia de una intrusa.

Quedaba un largo camino para alcanzar el caserón, y tenía que hacerlo antes de que las sombras del anochecer se cernieran sobre ella, ya que esto la haría presa fácil de sus propios demonios.

El sonido grave de un viejo motor rompió el silencio creciendo en intensidad a medida que se acercaba. Ana observó cómo una furgoneta, blanca y antigua, se aproximaba lentamente y, dejando a un lado su miedo, saltó al arcén. Tenía que escapar del creciente frío y acelerar su viaje.

La mujer comenzó a caminar, temerosa, en la misma dirección que el vehículo. Su presencia, aunque discreta, era suficiente para forzar el encuentro. La furgoneta, como si respondiera a un guion escrito, disminuyó la velocidad y finalmente se detuvo a su lado.

—Mujer, te vas a morir de frío. Sube, que te llevo —dijo una voz grave desde el interior del vehículo al tiempo que bajaba la ventanilla.

Ana giró la cabeza con dudas. Era un hombre mayor de aspecto afable y rostro curtido que la miraba con amabilidad. Hacía mucho tiempo que no veía una cara que le inspirase confianza como la de aquel señor.

Ana asintió, abrió la puerta y se introdujo en el cálido refugio de la furgoneta. Cerró la puerta y el vehículo retomó su marcha.

—¿Es usted de por aquí? —preguntó el hombre intentando romper un silencio incómodo.

Ana respondió sin mirarlo, con una entonación tímida.

—No.

El hombre entendió como esa mujer de mirada perdida y rostro famélico no quería continuar con la conversación, así que dejó de preguntarle y se limitó a conducir. Ana bajó un poco la ventanilla dejando entrar el aire frío y húmedo que olía a libertad y a tierra mojada, y se perdió en la contemplación del paisaje que se deslizaba tras el cristal. Las sombras alargadas de los árboles parecían susurrar juicios y conjeturas sobre su destino.

Ana miró por el retrovisor y observó como la bruma se espesaba a su espalda, como si intentara ocultar el camino de vuelta o, peor aún, como si tratara de borrar las huellas de su pasado.

Bosque de hayas – Atardecer.

Grandes montañas rodeaban un bosque cuyas copas se perdían en la inmensidad de una bruma persistente. Un arroyo serpenteaba a través de la ladera acariciando las piedras y raíces a su paso. Este lugar solitario y frío parecía un reino apartado, un santuario donde la naturaleza había tejido su propio misterio.

La luz difusa del sol, luchando, por penetrar la neblina, jugaba con las sombras y creaba un lienzo tétrico. Las hayas, con sus troncos robustos y ramas alargadas,